

VENTANAS Y BALCONES

by BLADEFREGA

VENTANAS Y BALCONES

Cuando los hombres primitivos decidieron
construir palafitos, no lo hicieron para protegerse
de las fieras, como algún narrador le vendió
después al público.

Había otra razón.

Las mujeres ya estaban allí.

Y la altura determinaba la importancia.

Cuanto más alto el palafito, mayor el respeto.

Igual que hoy.

En los rascacielos, los porteros ocupan la planta
baja.

Los otros porteros ocupan la última planta.

Los que son dueños del edificio.

Pero justo cuando parecía que todo estaba
terminado, las mujeres plantearon de inmediato
una nueva exigencia.

Querían dos cosas.

Ventanas y balcones.

Las primeras para hablar con sus amigas e
intercambiar críticas.

Los segundos para hablar con los maridos de sus
amigas y ser vistas.

No muy distinto de hoy.

Los editores son las ventanas.

La televisión es el balcón.

Cuando llegaba el momento de comprar una
casa, la elección de la planta se volvía
innegociable.

Y cuando las circunstancias obligaban a
conformarse con un nivel más bajo, la verdad se
sustituía a menudo por una explicación más
elegante.

El miedo a las alturas.

Una de esas dolencias con las que todo el mundo
consiguió, de un modo u otro, ganar dinero.

Unos vendían medicinas.

Otros vendían soluciones.

Más tarde, la riqueza cambió de unidades de
medida.

Chalés.

Piscinas.

Campos de golf.

Gimnasios privados.

Casas de invitados.

Helipuertos.

Y, naturalmente, la imprescindible garçonnière.

La antigua fragua de los pensamientos.

El lugar donde siempre podía encontrarse
personal adecuado para ayudar a superar los
momentos difíciles.

Ahahahah.

Pero esta excursión por la arquitectura es solo un
pretexto.

De lo que hablo en realidad es de la arquitectura
del alma humana.

En particular de la versión construida dentro de
una familia.

El lugar donde todo debería estar permitido.

El lugar donde nada debería sorprender.

Y sin embargo los primeros críticos suelen ser los
hijos.

Para entender lo que están presenciando, piden
una segunda opinión a sus amigos.

Como si dijeran:

«Lo queremos, pero sinceramente no tenemos ni
idea de qué demonios está haciendo.»

¿Puede ser verdad?

¿Es posible?

¿Él, precisamente él?

Pero si solo es mi padre.

Y yo, que no tengo ni balcones ni televisión, sigo
asomado a la ventana.

Y sigo escribiendo las cosas que nadie espera.

Porque, al final, es todo lo que poseo.

BLADEFREGA

